

Revista de cultura de
la arquitectura, la ciudad
y el territorio

Escuela de Arquitectura
y Estudios Urbanos

BLOCK

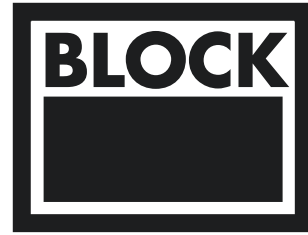
Fernando Aliata
Eduardo Gentile
Luis Müller
Jorge Francisco Liernur
Ana María Rigotti
Claudia Shmidt
Patricio del Real
Adrián Gorelik
Carla Berrini
Silvio Plotquin
Virginia Bonicatto
Ana Gómez Pintus
Melina Yuln
Alejandro Crispiani
Francisco Díaz P.

HISTORIOGRAFÍA

Número 8,
marzo de 2011



UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA



**Revista de cultura de
la arquitectura, la ciudad
y el territorio**

**Escuela de Arquitectura
y Estudios Urbanos**



UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA

Universidad Torcuato Di Tella
Rector: Lic. Manuel Mora y Araujo

Escuela de Arquitectura y Estudios Urbanos
Decano organizador: Arq. Jorge Francisco Liernur

Carrera de Grado de Arquitectura
Director Arq. Sergio Forster
Coordinadora Arq. Florencia Rausch

Maestría en Historia y Cultura de
la Arquitectura y la Ciudad
Directora Dra. Arq. Claudia Shmidt

Programa para Graduados:

Arquitectura y Tecnología:
Coordinador Arq. Ricardo Sargiotti

Arquitectura del Paisaje:
Coordinadora Arq. Cora Burgin

Preservación del Patrimonio:
Coordinador Arq. Fabio Grementieri

Maestría en Economía Urbana
(c/Escuela de Gobierno):
Director Dr. Lucas Llach

Consejo de Evaluación Académica Externa:

Arq. Francisco Bullrich
Dr. Werner Öchsli, ETH Zurich
Arq. Jorge Silveti, Harvard University
Arq. Rafael Viñoly

Consejo Consultivo:

Arq. Jorge Aslan
Arq. Francisco Bullrich
Arq. Enrique Fazio (1945-2001)
Arq. Jorge Hampton
Arq. Raúl Lier (1944-2005)
Arq. Jorge Morini
Arq. Josefina Santos
Arq. Clorindo Testa

**Block, revista de cultura de la
arquitectura, la ciudad y el territorio**

Director:

Arq. Jorge Francisco Liernur
Universidad Torcuato Di Tella
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Comité de redacción:

Mg. Noemí Adagio
Universidad Nacional de Rosario

Dr. Fernando Aliata
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Dra. Anahi Ballent
Universidad Nacional de Quilmes
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Dr. Alejandro Crispiani
Pontificia Universidad Católica de Chile,
Santiago

Arq. Eduardo Gentile
Universidad Nacional de La Plata

Dr. Adrián Gorelik
Universidad Nacional de Quilmes
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Mg. Luis Müller
Universidad Nacional del Litoral

Mg. Silvia Pampinella
Universidad Nacional de Rosario

Dra. Ana María Rigotti
Universidad Nacional de Rosario
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Dra. Claudia Shmidt
Universidad Torcuato Di Tella

Dra. Graciela Silvestri
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Editores del número 8:

Fernando Aliata
Eduardo Gentile
Luis Müller

Diseño gráfico:

Gustavo Pedroza
Universidad Nacional de Lanús

No está permitida la reproducción parcial
o total del material que aquí se publica.

Las opiniones contenidas en los artículos son
de exclusiva responsabilidad de los autores.

ISSN: 0329-6288

Propietario:
Universidad Torcuato Di Tella

Sede Alcorta: Sáenz Valiente 1010
C1428BJJ Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 5169 7330
E-mail: rrodriguez@utdt.edu

Sede Miñones: Miñones 2177
C1428ATG Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 5169 7000

Índice



En la tapa: Timbuctú.

BLOCK, número 8, marzo de 2011

	Editorial	4
Fernando Aliata Eduardo Gentile Luis Müller	Historiografía	7
Jorge Francisco Liernur	Orientalismo y arquitectura moderna: el debate sobre el techo plano	10
Ana María Rigotti	Moisei Ginzburg: bases de una teoría autónoma de la arquitectura y sus materiales específicos	28
Claudia Shmidt	A propósito de la «Posdata Americana» de Pevsner	42
Patricio del Real	Para caer en el olvido: Henry-Russell Hitchcock y la arquitectura latinoamericana	48
Adrián Gorelik	Historias de Nueva York. Arquitectura, capitalismo y pensamiento crítico en <i>Delirius New York</i>	58
Lecturas:		
Carla Berrini	De la <i>Konstruktion</i> a la plástica: Sigfried Giedion y sus dos genealogías para la arquitectura moderna	68
Silvio Plotquin	En torno al «regionalismo crítico»	74
Virginia Bonicatto Ana Gómez Pintus Melina Yuln	Alan Colquhoun: la aventura de la arquitectura moderna	78
Alejandro Crispiani	La arquitectura y su reverso	81
Francisco Díaz P.	El éxtasis de la práctica y la crisis de la crítica. Notas sobre la escena arquitectónica contemporánea en Chile	89

Se calcula, o al menos esas fueron las cifras que se manejaron en un principio, que más de un millón quinientas mil viviendas quedaron dañadas, en diferentes grados, que fueron desde la destrucción total a daños menores, en el último terremoto y posterior tsunami ocurrido en Chile el 27 de febrero de 2010. Por muy inmunes que los medios de comunicación masiva y la información general que solemos manejar nos hayan vuelto a este tipo de cifras catastróficas, el grado de destrucción que éstas muestran no debería dejar de conmovernos y de interpelarnos a todos los que de una u otra forma estamos vinculados a los procesos de construcción de la ciudad y los edificios. Pero aún así, aunque con un esfuerzo de la imaginación tratemos de visualizar y comprender la magnitud del daño que esto supone, esta cifra de todas maneras resulta engañosa y reductiva. Entre otras razones, porque aunque hayan quedado sin daños e incólumes, una enorme porción de las construcciones en Chile (sin excepción la totalidad de las pertenecientes a las regiones V, VI Y VII) fueron sacudidas desde sus cimientos y todo su contenido, material y humano, sometido a un virulenta oscilación. La experiencia de lo que podríamos llamar el habitar, tan naturalizada en todos los sentidos, se vio así violentamente trastocada. Se pone de manifiesto en estas circunstancias, hasta qué punto dicha experiencia se encuentra fundada, podríamos decir, geológicamente, abriendo un horizonte de radical incertidumbre y poniendo a todas las construcciones bajo una nueva y amenazante condición. Francisco Díaz, justamente, ha hablado de esta condición en la cual tanto la arquitectura, al igual que los objetos que aloja, pierde de golpe su familiaridad y confiabilidad para convertirse en una amenaza concreta. Los medios de comunicación masiva, particularmente la televisión, lo reflejaron repetidamente: muchos de los entrevistados que apenas lograron salvar sus vidas, o que vivieron muy de cerca la amenaza que la arquitectura podía significar para ella, sólo querían deshacerse de sus viviendas, aunque estas fueran recuperables y hubieran sido una parte importante de su patrimonio y de sus vidas. El carácter agresivo hacia la vida humana que el terremoto despierta en la arquitectura, no resulta fácil de olvidar. En el mejor de los casos y aún sin destrozos, el paisaje doméstico se reviste de un hálito perturbador. Un nuevo sentido se aposenta en las cosas familiares que pierden su

inocencia y comienzan a ser vistas en su totalidad a partir de su capacidad de producir daño físico. Un sentido en condiciones normales lateral, que tiene que ver con la capacidad de violencia de todo lo que nos rodea (algo que aunque efectivamente siempre está latente no da la norma) se apodera del entorno físico cotidiano y lo transfigura.

Pero no se trató simplemente de un momento, de una situación única. El sismo de 8,8 grados en la escala Richter, que marcó a fuego lo construido, fue, como es bien sabido, el más fuerte de un conjunto de movimientos telúricos que se prolongaron durante más de dos meses. Cada una de las réplicas renovaba y extendía este sentido amenazante de los edificios y los objetos. El adormecimiento de su capacidad de violencia tardó no poco tiempo en producirse, e igualmente nunca llegó a serlo de manera completa. La reconstitución del primario sentido de cobijo que la arquitectura se supone ha de brindar, tardó un tiempo relativamente largo en llevarse a cabo. Podría decirse que durante todo ese tiempo el sentido de lo construido quedó descentrado, apuntando sólo hacia la pregunta de su capacidad de resistencia y de permanecer en su lugar frente a las fuerzas naturales. Las muchas preguntas que cotidianamente nos ponemos frente al entorno físico, quedaban reducidas a una sola. En realidad podría decirse que durante todo ese tiempo lo que se puso de manifiesto fue el reverso de lo que en general constituye la experiencia de la arquitectura. Para usar, aunque sólo sea a modo referencial, las palabras de Heidegger, podría decirse que durante ese tiempo se estuvo frente a la pérdida de la *fiabilidad* de los instrumentos y de las cosas creadas por el hombre con un fin mayormente utilitario. Esta fiabilidad es muy evidente en los instrumentos. Es en el momento en que éstos se rompen o se descomponen cuando efectivamente se hace presente hasta qué punto nuestra vida se estructura en la confianza en ellos, en dar por sentada y segura sus respuestas frente a nuestros requerimientos o necesidades. Es esta confianza la que en cierta medida permite el funcionamiento fluido del mundo técnico en que nos movemos. El objeto que se descompone o que deja imprevistamente de funcionar hace aparecer hasta qué punto tenemos fe en ellos, sin saber nada o casi nada de la naturaleza de su funcionamiento. En tal sentido, el mundo técnico se apoya en una creencia generalizada, cuyos fundamentos,

como con cualquier creencia, se desconocen o son meramente estadísticos. La falla técnica hace aflorar esta creencia como tal, nos la muestra con todas las limitaciones e inclusive peligros que implica. Pero esto suele ocurrir sólo durante un breve tiempo y la experiencia en general se encuentra circunscrita a un solo objeto o artefacto.

Con el sismo y sus réplicas, de alguna manera la falla técnica se apoderó de todo, pero principalmente de la arquitectura y su posibilidad permaneció allí durante varios meses. La falla masiva de la arquitectura se hizo presente en algunos lugares como posibilidad nunca demasiado remota, en otros como realidad devastadora. La falla técnica en la arquitectura es completamente distinta a la que ocurre en los artefactos técnicos. Estos en cierta manera están destinados a dejar de cumplir en algún momento su función; aunque no ocurra, ésta es como si fuera parte de los mismos. La falla técnica que amenaza la supervivencia de un edificio no está en su naturaleza, produce un trastorno de otro tipo, máxime cuando se sabe que se trata de una situación extendida a la totalidad de lo edificado. La pérdida de fiabilidad en un edificio no se compara con la pérdida de fiabilidad en un objeto técnico. Es una experiencia mucho más ajena a su naturaleza y que tiene otros alcances.

En la construcción colectiva de esta experiencia, evidentemente, los medios de comunicación masiva jugaron un papel determinante, alimentando y acentuando por muchos canales ese nuevo estado en que se mostraba la arquitectura. Estos medios actuaron un tanto como las réplicas, cuya decreciente intensidad en cierta medida acompañaron. Le dieron imágenes, palabras y extensión a lo evidente: la adormecida centralidad que tienen las construcciones para el desarrollo más elemental de la vida cotidiana, que de repente tomó el lugar y el sentido que le corresponde, descentrando justamente todo lo demás.

Este descentramiento, como no podía ser de otra manera, también afectó fuertemente a la arquitectura como disciplina. El mismo movimiento que colocó a la arquitectura en el centro de interés de los medios de comunicación, situación desde luego excepcional, hizo que ésta tuviera que replantearse completamente su jerarquía de problemas y desde luego generó la oportunidad, no necesariamente aprovechada, para repensarse desde sus fundamentos. Desde luego, y como no podía ser de otra manera, fue en términos amplios la componente técnica de la arquitectura la que se instaló con inusual intensidad en el medio de la escena y se hizo del protagonismo de diarios, radios y canales de televisión de Chile, por supuesto, pero también de todo el mundo. Componente técnica de los edificios que el sismo puso a prueba en sus presupuestos más básicos, en su capacidad de mantenerse en pie y de brindar un adecuado cerramiento, así



como de proveer los insumos esenciales para la vida, como agua y energía. Los medios de comunicación, particularmente la televisión, mostraron con insistencia lo que podríamos llamar la dimensión humana de esta componente técnica, la manera brutal en que ésta se manifiesta a los usuarios cuando falla o simplemente se pone en duda su eficacia. Las entrevistas constantes a los miles de damnificados por el terremoto pusieron en boca de gente común un discurso sobre la técnica que evidentemente interpelaba, a escala masiva, al discurso y al conocimiento especializado en este campo. La demanda sobre la arquitectura fue evidentemente una demanda técnica, pero particularmente socializada y sin otros intermediarios que no fueran los propios medios de comunicación. El reclamo a la arquitectura fue directo, masivo y urgente. Como ha sido señalado también por Díaz, el arquitecto pasó a ocupar un lugar social que en general suele estar des-

tinado a los médicos, a aquellos a quienes se acude en caso de extrema necesidad, a veces de vida o muerte. La posibilidad de volver a una vida más o menos normal, en muchos casos dependió del diagnóstico de un arquitecto o un ingeniero en construcciones. La «necesidad social» que la propia disciplina ha pregonado históricamente sobre sí misma, se hizo presente de golpe y en una proporción y urgencia que no admitía ningún tipo de retórica y que significó sin duda una prueba y una demanda que aún están en pie.

Si la arquitectura, como disciplina y como institución, supo estar a la altura de esta situación y de estos reclamos, es algo que aún debe ser evaluado, si es que esta evaluación es posible. En tal sentido, debería tenerse bien en cuenta que el terremoto interpeló a la disciplina en su conjunto. Aunque lo que se le demandó en su origen fue una respuesta eminentemente técnica y social, y nadie duda que la misma debe ser dada con toda eficacia y que hacia ella deben dirigirse todos los esfuerzos necesarios, el terremoto y la destrucción causada por él arroja luz sobre todos los aspectos de la disciplina, en tal sentido tiene una dimensión que no se agota en la respuesta más o menos pragmática, sino que afecta también a la reflexión sobre sus fundamentos y su historia. También la teoría de la arquitectura, si quiere efectivamente ser tal, tiene frente a sí al terremoto del 27 de febrero y a lo ocurrido después de él. Este suceso le compete, aunque no por eso debería esperarse la aparición de una teoría *ad hoc*, sino que, como en los otros aspectos de la disciplina arquitectónica, probablemente se trate de una interiorización lenta y de más largo alcance.

Un desorden primigenio

La posibilidad de destrucción que toda edificación afronta, su condición de ser perecible, sea por las razones que fuera, ha acompañando evidentemente al pensamiento sobre la arquitectura en toda la edad moderna, entendida ésta en sentido amplio. Gran parte de la arquitectura que se tomó como modelo desde el siglo XV y durante la época clásica mostraba esta condición, habiendo sido sujeto de una determinada destrucción. Esta consideración del edificio derruido tuvo uno de sus momentos más llamativos en el *culto a las ruinas*, pero este culto fue una de las variadas maneras de acercarse a esas construcciones que no habían soportado ya fuera a las fuerzas naturales o al paso de la historia. El famoso grabado que ilustra el *Ensayo sobre la arquitectura* de Laugier, puede ser un ejemplo. La arquitectura señala el nacimiento de la primera construcción humana, todavía viva y en proceso de separación de los elementos naturales, pero se apoya en un edificio destruido, al que no mira pero sobre el que

se asienta. La figura de la arquitectura aparece como mediando entre estos dos extremos. Le da la espalda al desorden de la destrucción, pero éste, de todas maneras está presente en el cuadro general, de hecho ocupa el primer plano y está más cercano a la arquitectura que el naciente orden nuevo, al que ella señala a la distancia. La arquitectura, en cierta forma, aparece como la encargada de renovar el ciclo que va del nacimiento de la construcción y el primer cobijo, hecho con materiales vivos, como la madera aún en estado de crecimiento, a la destrucción y caída del edificio, hecho con materiales ya muertos, como las piedras a las que sólo parece esperarles su definitiva desintegración. Nadie mira al edificio destruido, pero éste está ahí, como una suerte de subconsciente o contrapartida del proyecto de arquitectura y de la construcción. La mirada estética sobre la destrucción, aparece, si se quiere, insinuada, pero desde luego no domina el cuadro como va a comenzar a ocurrir ya un poco más avanzado el siglo XVIII. La musa de la arquitectura parece emerger no de lo natural, si no de un desorden que de alguna manera le es propio. Esa gramática rota de capiteles y fustes es en realidad en lo que se respalda. Este desorden no es objeto de una mirada frontal, de una consideración directa, si no que se filtra de algún modo en el proyecto. La arquitectura le da la espalda a la destrucción, pero esto no la hace desaparecer, es desde ese lugar que afirma su presencia.

La arquitectura del siglo XX con las dos grandes guerras que lo marcaron, conoció la destrucción masiva de ciudades en una proporción mayúscula. En algunos casos esta destrucción fue irresponsablemente aplaudida, como en el futurismo. Pero aún sin llegar a estos extremos puede decirse que algo de esta manera de considerar el asunto está presente cuando se habla de la «oportunidad» que representa para la disciplina cuando estos procesos de destrucción, fuera cual fuera su origen, se producen. No es de extrañar, tampoco, que un crítico como Reyner Banham, admirador del futurismo y sus ideas, postulara la necesidad de pensar a la vivienda, y en definitiva al edificio concreto, como algo desechable, que debería acoplarse a los procesos rápidos de obsolescencia y desaparición dictados por la técnica a sus objetos. En su caso, ya no es la contienda bélica la que garantiza la renovación necesaria del mundo físico, con su secuela de muerte y violencia, sino las fuerzas del mercado. Más de cuarenta años después de que Banham lanzara sus teorías, no puede decirse que la arquitectura no haya sido dócil a estas fuerzas del mercado, pero no al precio de garantizar su periódica destrucción masiva. El orden de la arquitectura no es de la misma naturaleza que el orden derivado de los objetos técnicos; su destrucción tampoco puede asimilarse a la de estos últimos. Banham suponía que la destrucción sin desorden aparente que rige para el universo de los



Iglesia de San Francisco, Curicó, Chile, durante una de las réplicas, marzo de 2010.
Foto: Alejandro Crispiani.



Viviendas afectadas por el terremoto sobre Av. José Miguel Carrera, Curepto (VI Región del Maule, Chile), marzo de 2010.
Foto: Alejandro Crispiani.

objetos técnicos y de todos los objetos de consumo masivo, iba en algún momento a llegar inevitablemente al edificio y a la ciudad. Que sea o no así en algún futuro es difícil de predecir. Lo que es innegable es que los tiempos rápidos que se preveían en los «alegres sesentas» para este proceso no han tenido la velocidad esperada.

Mientras tanto, lo ocurrido en Chile mostró otra perspectiva. En primer lugar, es de destacarse que gran parte de la arquitectura y de la edificación moderna resistió con daños menores al terremoto, lo que hizo que el número de víctimas fuera reducido, si tenemos en cuenta la magnitud del sismo y lo poblado del área en la que se dio. La resistencia a la destrucción de los edificios fue por lo tanto, vital. El edificio en pie siguió siendo manifestación de vida, y su permanencia aseguró el orden necesario para ésta. Fueron las edificaciones históricas las que más se vieron afectadas. Construidas en la mayoría de los casos con adobe, las mismas constituían el tejido de muchos pueblos y pequeñas ciudades de la región que padeció el terremoto. Salvo un porcentaje menor, la edificación moderna resistió a la destrucción. Las torres de fachadas vidriadas y hormigón armado que marcan a sectores enteros de Santiago, así como la arquitectura inmobiliaria en altura, apenas sufrió desperfectos. Fue la arquitectura baja y de cierta antigüedad la que fue dañada en muchos casos de manera irreparable. Desde esa perspectiva y contrariando las hipótesis de Banham, el edificio moderno es evidentemente cada vez más indestructible, al menos frente a los agentes naturales. La ciudad actual, probablemente, tenga una capacidad de permanencia como ninguna otra ha tenido. Las fantasías con respecto a su desaparición que la cultura arquitectónica del siglo XX tantas veces cobijó, no parecen fundadas. La máxima de Aldo Rossi, de que es necesario «construir para los museos», es decir, hacer arquitect-

tura como si fuera a perdurar por siempre, parece más cercana a los hechos.

Algo obvio y fundamental saltó a la vista con violencia después del sismo: hasta qué punto la arquitectura asegura el orden de lo material en su conjunto, hasta qué punto sigue siendo aún hoy en día el principio de orden irremplazable. En principio, al recorrer los poblados, en su mayoría de construcciones antiguas, asolados por el terremoto, resultaba difícil apartar la mirada y no dejarse fascinar por el espectáculo de la destrucción, por la vista de la arquitectura derrumbada en masa. Rara vez puede verse el reverso de la arquitectura con tanta nitidez. El orden material de las viviendas, que rige ya sea para los materiales de construcción, el mobiliario, los enseres domésticos, los elementos de arquitectura, la ropa, los adornos y todo lo que puede contener una casa, se mostraba completamente trastocado o había desaparecido. La confusión de todas estas cosas había reemplazado al espacio doméstico, en muchos casos. En otros, este espacio, aún en pie, había quedado sacudido y partido. La relación interior/exterior cambió fundamentalmente; aun en el caso de las viviendas en pie esos interiores ya no eran un cobijo sino una amenaza. El espacio de la calle se volvió confiable, era el refugio frente a lo construido. Lo que la dislocación material masiva trastocó y sumió de alguna manera en el caos fue lo que podríamos llamar la solidaridad del entorno artificial. Fue esta solidaridad fundamental, que tiene que ver con la cohesión de todas las escalas de lo construido pero también con todos los rangos de propiedad que se proyectan sobre él, lo que quedó en entredicho o destruido.

Lo que se vio en principio con una claridad excepcional y reveladora, no tanto por su novedad sino por su intensidad, es hasta qué grado es la arquitectura la que da forma y cuerpo a la propie-



Derrumbe del edificio «Alto Bío Bío» en Concepción. En *La Tercera*, 5 de marzo de 2010, p. 15. Foto: Camila Lasalle (reproducción autorizada).

dad privada, hasta qué punto reposa en ella lo que Quatremère de Quincy llamó el «buen orden de la vida civil». Esto se puso de manifiesto en muchos niveles. En principio, muchas imágenes se pusieron en circulación para ilustrar la caída de este buen orden. Quizás la más literal, y una de las más recurrentes en la prensa nacional e internacional fue la del edificio «Alto Bío Bío» en Concepción, que se cortó en su base desplomándose, cayendo literalmente de espaldas pero conservando su forma original. El terremoto no redujo a escombros al cuerpo prismático del edificio, sino que simplemente lo volteó. No resultaba fácil, en principio, descifrar la imagen. Todos los elementos arquitectónicos estaban cambiados de posición. Lo que se suponía una fachada en altura, pasó a ser un muro de altura media y extendido horizontalmente. Esta suerte de transformación radical del medio físico, el cambio de lugar y posición de todas las cosas, fue uno de los grandes temas de las imágenes de los medios gráficos y televisivos. Las imágenes de barcos varados en el centro de la ciudad de Talcahuano ilustraron esto de manera dramática y espectacular.

También hubo imágenes que apuntaron a un tipo de caos que finalmente habría de dominar la atención en los días inmediatamente subsiguientes al sismo. Se trataba de aquellas imágenes que, en principio, se referían al efecto que este trastocamiento del orden espacial tuvo en el régimen de propiedad tanto de los edificios como en los objetos, pero principalmente de estos últimos. Una fotografía de una joven en un supermercado, publicada el lunes 1 de marzo, ilustraba esto. El supermercado es, por antonomasia, el lugar donde el orden de los objetos se hace más visible, este orden y esta visibilidad determinan sin concesiones ni mayores distracciones el espacio interno de este tipo de edificio y las acciones que se dan en él. Es un espacio profundamente familiar para los habitantes del siglo xx y probablemente siga siéndolo

para los del siglo XXI. La «promenade» entre las góndolas de mercancías empujando el carro respectivo, esa primera apropiación pausada de los objetos que dócilmente se ofrecen a la mano para ser luego consumidos en otro ámbito y cuando esta apropiación se haya hecho efectiva merced al paso por las cajas, es probablemente una de las «escenas madre» de nuestra cultura. La foto de *El Mercurio* mostraba, en este caso también, el reverso. Las mercancías han saltado de las góndolas y han invadido los pasillos de circulación, pero no han sido destruidas. Las estudiadas relaciones entre el orden de éstas y el cuerpo humano, que son la base de la eficiencia espacial del supermercado, se han hecho trizas. Se transita sobre un colchón de mercancías y éstas son recogidas del piso. El carro del supermercado se ha hecho inútil, otra forma de llegar a ellas impera. Esta disposición espacial que muestra la fotografía refleja la caída del dispositivo sobre el que se basa el supermercado y con él del sistema cotidiano más usual para llegar a la obtención de los insumos más básicos, como ser en este caso alimentos. Muchos de los edificios de estos supermercados no sufrieron grandes daños por el terremoto, pero este sacudió, junto con el entorno construido, la estructura de la propiedad. Podría decirse que ésta se agrietó junto con la arquitectura. La foto en el supermercado muestra una de esas grietas, quizás la que más consecuencias acarrió, que llevó a los saqueos en los días inmediatamente posteriores al terremoto y a la subsiguiente intervención militar.

Los saqueos y el pillaje en los supermercados, que fueron particularmente intensos en los días posteriores y en los que aparentemente intervinieron estamentos sociales muy dispares y por razones muy variadas, fueron, de las consecuencias del sismo, uno de los hechos más traumáticos para la sociedad chilena. Estos tuvieron lugar principalmente en la ciudad de Concepción,



Dstrucción en el puerto de Talcahuano.
En *El Mercurio*, 5 de marzo de 2010, Cuerpo C, p. 1.
Foto: Víctor Toro (reproducción autorizada).



Saqueo en un supermercado de Concepción.
En *El Mercurio*, 1 de marzo de 2010, Cuerpo A, p. 11
(reproducción autorizada).

epicentro del sismo, pero los medios los expandieron a una escala planetaria. El terremoto era irreversible y hasta cierto punto esperable. Los terremotos son sucesos constitutivos de la historia de Chile. La «muerte» de al menos una porción de la arquitectura nacional forma parte de su desarrollo como nación, además por supuesto de las otras secuelas de los sismos. En sí mismo, el terremoto del 27 de febrero no sacudió ninguna de esas estructuras identitarias tan cultivadas, en general, por la cultura local. Los saqueos y el pillaje posterior sí. Estos pusieron en entredicho el núcleo de muchos de esos discursos identitarios, fundados justamente en una representación de raíces profundas en el caso de Chile, la de la «solidaridad nacional», uno de los grandes pilares supuestamente de la «identidad nacional». Es una representación muy presente en los medios de difusión masiva, en los noticiarios y los comentarios de actualidad, pero también en la publicidad y no es tan inusual encontrar estribaciones de ella en el ámbito de las ciencias sociales, la literatura o aun de la arquitectura. Es una representación que como todas tiene sus propias ceremonias, la mayoría de ellas mediáticas, como por ejemplo la anual *Teletón*, una *maratón de la solidaridad* destinada a recoger fondos para niños con discapacidad, televisada en vivo y en directo. Es un tipo de programa que, por supuesto, existe en muchos países, pero que en Chile alcanza un particular impacto social, siendo su realización una de las «fechas» anuales. También con el terremoto se llevó a cabo una *Teletón* para ayudar a los damnificados. Esta fue, entre otras cosas, también una respuesta a los saqueos, una de las varias respuestas que se elaboraron en las semanas siguientes al sismo.

En un primer momento, los saqueos jugaron un papel particularmente disolvente de la idea «el terremoto nos une», idea supuestamente fundamentada históricamente. Por decirlo de

otra manera, podría pensarse que esa «solidaridad» efectiva del entorno material construido a la que nos hemos referido anteriormente, que demostró en muchas zonas su insuficiencia frente al terremoto, se suponía debía ser compensada por la otra solidaridad, por la que hace a la cohesión social. A la solidaridad rota de lo físico, se suponía habría de responderle la solidaridad intacta de los ciudadanos. Los saqueos hicieron pensar otra cosa. La conmoción de las estructuras físicas también se había reflejado en las estructuras sociales. Muchas de las cartas a los lectores que publicaron los principales diarios en esos días mostraban el estupor creado por esta situación. El hecho sin duda más traumático fue que no se trató de saqueos y pillajes empujados solamente por la necesidad de abastecimiento de insumos mínimos si no que se extendió a todo tipo de mercancías, inclusive electrodomésticos. En tal sentido, resultaba claro que no estaban empujados por la necesidad de supervivencia o el temor, o no solamente. Se centraron principalmente en supermercados y fueron protagonizados por estratos sociales diversos, como ya se ha dicho, incluyendo (según pudo verse, aparentemente, en algún caso por televisión) a sectores medios. Fueron los objetos de consumo masivo, hechos deseables por la publicidad y aún sin estrenar, los que fueron objeto de pillaje, no los objetos contenidos en las casas, con respecto a las cuales los casos de robo fueron los esperados en estas circunstancias.

La intensidad de los saqueos en las ciudades más afectadas por el sismo, como ejemplo Concepción, fue tal que llevó, como se sabe, al gobierno de centro izquierda de la Concertación a tomar una medida que se parecía mucho a un salto atrás en la historia: sacar el ejército a las calles. El orden histórico también pareció por unos días sacudido: imágenes de soldados armados custodiando el orden público (y una parte importante de la opinión



Saqueos en Concepción.
En *La Tercera*, 1 de marzo de 2010, p. 11.
Foto: Luis Sergio (reproducción autorizada).

pública pidiendo y celebrando esta decisión) saltaron a las tapas de los diarios. El fantasma del desabastecimiento también estaba presente, otro punto que emparentaba a la situación con el golpe contra Allende en el 73. Pero los saqueos y el pillaje mostraban una avidez aparentemente nueva, más vinculada con la abundancia que con la necesidad. Pusieron en duda, por supuesto, la «calidad» del desarrollo logrado en los últimos años y alimentaron las críticas desde distintos sectores de la derecha al gobierno.

Pero lo que se necesitaban, en principio, eran explicaciones y respuestas. En ese momento se hicieron presentes, justamente, algunas voces académicas consultadas por los medios de difusión masiva. *El Mercurio*, por ejemplo, le dedicó una página completa al tema en la Sección Internacional del diario del domingo 7 de marzo. Bajo el título «Saqueos: ¿Porqué?» se consultó a un grupo de políticos e intelectuales. En general, como se planteaba desde el título de uno de los principales articulistas, el senador por la Unión Democrática Independiente, Jovino Novoa, las interpretaciones de lo sucedido apuntaban a la aparición del «lado oscuro del alma nacional», del reverso de lo que se manifiesta cuando reina el orden de lo construido. Pero para otros comentaristas, no menos vinculados al ala conservadora de la cultura y la política, se habría puesto de manifiesto otra cosa, en sintonía con lo anterior pero distinta, más vinculada al mundo, podría decirse, que acompaña a los objetos saqueados. Según Joaquín García-Huidobro «Imaginemos, por un momento, a un consumidor de teleseries, de *realities* y de programas de prevención del sida (...) ¿de dónde va a sacar un mísero argumento que le diga que no hay que sacar una lavadora de un local cuya puerta acaba de ser forzada por unos delincuentes? La tarea del próximo gobierno (y de la próxima oposición) es enorme. Pero si piensan que se trata únicamente de levantar casas la cosa será tan simple

como ponernos a calcular cómo será el próximo saqueo».¹ Interesa aquí, antes que los argumentos específicos del autor, la imagen que se construye. Arquitectura, medios de comunicación masiva y objetos técnicos de consumo masivo han mostrado con el terremoto no tanto el «lado oscuro» de sus relaciones, si no, aparentemente, el verdadero estado actual de las mismas. En lo sugerido por García-Huidobro, la casa se presenta como una barrera a los contenidos y a las formas que los medios de comunicación masiva en definitiva inculcan o dejan de inculcar. Quizás la casa sea el lugar donde éstos son efectivamente consumidos, pero esto no quiere decir que en el fondo no se les oponga. Esta oposición derivaría, en gran parte, en que la casa es la sede de las relaciones familiares o personales, en definitiva lo más fuerte que podría oponerse a la comunicación masiva corriente. Desde esta idea, la casa y el sistema de relaciones personales que alberga y alimenta, también sería lo que resguarda a los objetos de consumo del torrente de imágenes que los hacen deseables desde esos mismos medios. El terremoto, en la conservadora visión de García-Huidobro, habría mostrado hasta qué punto este sistema de relaciones personales estaría debilitado frente a los medios de comunicación masiva. Indirectamente hace reposar en «la casa», como construcción efectiva, prácticamente la única contención frente a ellos. Ese sería el problema de la situación actual, sólo el entorno físico se les estaría resistiendo, con todas las limitaciones y peligros que esto implica.

Esta idea, que asocia al entorno físico construido con la formación o educación personalizada del individuo (ambos finalmente implican la relación con cosas y seres concretos) enfrentando a la vez a ambos con los medios de comunicación masiva, donde reina la imagen, circuló abundantemente en relación con los saqueos, en los días inmediatamente posteriores al terremoto. En la página



Calle de Curepto después del terremoto, marzo de 2010.
Foto: Alejandro Crispiani.

Portada de *El Mercurio*, 1 de marzo de 2010 (reproducción autorizada).



ya citada de *El Mercurio*, por ejemplo, prácticamente no hay articulista que de una u otra manera no haga mención a ella. La destrucción de la arquitectura habría dejado en claro el poder de ese otro tipo de formación, que aparentemente brindan los medios. Un diagnóstico que en algunos casos sobrevuela estos artículos podría simplificarse de la siguiente manera: a la recuperación y reconstrucción del entorno físico debía seguirle de cerca una reconsideración de las formas y los sistemas educativos en sentido amplio, una refundación que los hiciera tan firmes frente a la comunicación masiva como debían ser los nuevos edificios frente a los futuros sismos. Destrucción de la arquitectura y *mass media* de alguna manera se potenciarían, habría una corriente de comunicación entre ellas que iría mucho más allá del hecho que la destrucción de lo edificado es siempre un poderoso alimento de estos últimos.

Lo que se publicó en *El Mercurio* fue, evidentemente, sólo una fracción (muy sesgada políticamente) de una infinidad de discursos que desde distintos sectores se centraron en la relación inevitable, por esos días, entre entorno construido y *mass media*. Si en algunos casos, por las razones que fuera, se trató de demostrar la contraposición esencial de estos dos sistemas en definitiva formativos de la sociedad, uno basado en la relación con lo existente y concreto y el otro en un flujo de imágenes intangibles, también hubo otras visiones (particularmente en el discurso televisivo) en muchos casos contrarias a ésta. En cierta manera, lo que la línea argumental que sigue García-Huidobro soslaya es algo bastante obvio: frente a la destrucción de la arquitectura la posición de la comunicación masiva no fue por supuesto la celebración sino todo lo contrario. Lo que se transmitiría era la valoración de la arquitectura, particularmente en los aspectos que hacen al mantenimiento del orden cívico. La faz jus-

tamente conservadora de la arquitectura sintetizada en la casa, que ya en Adolf Loos había sido reivindicada, fue lo que estos medios destacaron una y otra vez. Pero más allá de su intencionalidad, la sola emergencia de estos discursos mostró el grado de fricción que se dio entre arquitectura (como entorno construido pero también como disciplina) y comunicación masiva. Fue una intensidad temporal, pero que al menos en los primeros momentos pareció invadirlo todo, que duró más o menos lo mismo que la puesta en duda de los discursos identitarios ya mencionados. Este estado de excepcionalidad implicó, como ya se ha señalado, un desafío a la disciplina en todos sus niveles. Esta se vio forzada a responder y a actuar en campos en los que no suele incursionar, o en los que incursiona bajo ciertas condiciones en general favorables a su propia autonomía e identidad. La vuelta a la normalidad no implica que estos desafíos abiertos hayan sido respondidos (los profesionales relacionados con la reconstrucción y la solución del problema habitacional lo saben bien). Las preguntas sobre la naturaleza y el sentido de nuestra disciplina también tuvieron en ese momento un sentido de urgencia, que ha pasado pero que no debería perderse completamente.

Nota

1. Joaquín García-Huidobro: «El último saqueo», en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 7 de marzo de 2010, Sección A, p. 4.

Cantidad de ejemplares: 500
Tipografía: Garamond Stempel y Futura
Interior: papel obra de 120 g
Tapas: cartulina ecológica de 220 g

Diseño gráfico: Gustavo Pedroza
Preimpresión: NF Gráfica S.R.L.
Impresión: Instituto Salesiano de Artes Gráficas

Registro de la propiedad intelectual n° 910.348
Hecho el depósito que marca la ley n° 11.723



ISSN 0329-6288